

De Kiko podríamos decir muchas cosas bellas y hermosas, y cada una, cada uno, podríamos hacer nuestro propio relato de todo aquello que admirábamos en él.

Sin pretender de ninguna manera ser exhaustivo, os invito a hacer un recorrido vital y espiritual por el Jesucristo que daba sentido a la vida de Kiko. Un Jesucristo que Kiko supo apreciar en toda su belleza y que inspiraba sus actitudes éticas, su implicación social, su moral, su amor, su sentido evangélico, su tozudez en la lucha por la justicia, su ser compañero de camino que significa aquel/aquella con quien se comparte el pan, con quien se comparte la vida.

Kiko supo darse como pan, como buen pan, para que coman los que tienen necesidad. Darse como buen pan es hacerse, hacernos, eucaristía, unidos a Jesucristo. Y Kiko se hizo eucaristía sin aspavientos, sin exhibirse, en la sencillez del día a día, incluso en el dolor que marcó su cuerpo

El Cristo de Kiko es el Cristo del Juicio Final que nos relata el evangelista san Mateo, es el Cristo de la parábola del Buen Samaritano, es el Cristo misericordioso de la parábola del Hijo Pródigo, también conocida como la parábola del Padre que perdona. Es el Cristo que se indigna al ver el templo de Dios profanado por los mercaderes y sus intereses, el que se indigna cuando ve que se quiere impedir que los pequeños se acerquen a él. Es el Cristo que en la entrega del pan y del vino, como su cuerpo y como su sangre, está avanzando su entrega definitiva en la cruz. Es el Cristo compañero de camino de los discípulos de Emaús.

El Cristo de Kiko es el Cristo de las bienaventuranzas. él que está con los pobres, con los dolientes, con los incomprensidos, con los abandonados... , está a su lado acompañando en el camino, compartiendo su dolor. Kiko se sumó con todo el entusiasmo en su opción por los pobres y los últimos, los arrojados en todas las cunetas, los descartados, en palabras del papa Francisco. El Cristo de quien Kiko se hizo amigo era un constructor de la paz, “felicidades los que trabajan por la paz”. No fue por casualidad, Olga, que a vuestro hijo le pusisteis el nombre de Pau, no tanto por san Pablo, sino por vuestra apuesta como pareja por un mundo en paz.

El Cristo de Kiko es compasivo y misericordioso y está siempre abierto al perdón.

El Cristo de las bienaventuranzas nos invita a la lucha por la justicia.

El Cristo de Kiko nos invita a la limpieza de corazón, a decir sí cuando es sí y a decir no cuando es no. A no ser dobles. Y Kiko se hizo amigo de este Jesús siendo un hombre íntegro y sin doblez.

Limpio de corazón.

Kiko vivió esa misma sensibilidad de Jesús estando al lado de los hambrientos de una vida digna, al lado de los sedientos de las promesas de Dios, al lado de los extranjeros que buscan mirar el futuro con esperanza junto a nosotros, al lado de los desnudos y despojados de toda protección, y la apuesta de Kiko por el barrio, por la JOC, por La Vinya, por la ACO, así lo muestra.

El Cristo de Kiko es el que disfruta y celebra la vida, la reconoce hermosa en su más pequeño detalle y le da valor. La vida humana, la vida toda: animales, plantas, ecosistemas y sociedades.

El Cristo de Kiko a veces estaba enfermo, en todos los enfermos, en el mismo Kiko en cuanto a enfermo, en todos los dolientes por todo tipo de enfermedades del cuerpo y del alma. En fin, Cristo está en todas las cárceles, las de los presidios, y las cárceles de nuestros pecados y en la cárcel en la que estamos encerrados cuando perpetramos el mal contra los demás, en cualquiera de sus formas.

Ese Cristo fue el que movía a Kiko y ese mismo Cristo es el que ha dicho a Kiko cuando se ha presentado ante él: “Te aseguro que todo lo que has hecho por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hacías”.

Kiko se implicaba en el dolor de los demás y lo sentía como propio. Hizo suya la propuesta de Jesucristo acercándose a los despojados, los apaleados, los medios muertos de este mundo.

Acogiendo la paciencia de Jesús, Kiko aprendió a ser paciente en su tarea educativa y pedagógica, como maestro y como educador, de mil maneras.

A pesar de la dureza de su enfermedad en estos últimos momentos de su vida, Kiko ha vivido sumergido en lo esencial del Evangelio, acogiendo la riqueza de la Palabra de Dios que nos llegaba a través de san Pablo. El Cristo de Kiko lo animaba a la esperanza, a la paciencia, a ser agradecido, a compartir la alegría y el dolor de los demás, a ser humilde, a hacer el bien a todos, a estar en paz con todos.

El Cristo de Kiko es el que no calla, no se resigna, no claudica. Es el Cristo de la Buena Nueva, tan convencido de ella, que no puede más que volcarla en todo y en todos, que sabe que se anuncia con las manos, con el corazón, con la palabra..., que se crea cada día, perdonando, sin renunciar a la construcción, a la denuncia y a la reivindicación del Reino.

El Cristo de Kiko es el de la paciencia con las personas, el de la confianza en el hermano y el de la esperanza de Dios.

Gracias, Kiko, por explicarnos con tu vida, quien era tu Cristo. El Cristo que ha dado sentido a tu vida, el Cristo que tú deseas que de sentido a las nuestras.